

8. Llamados a la comunión

"Dios, que siempre cumple sus promesas, es quien os ha llamado a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor " (1 Cor 1,9).

En comunión con el Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor (San Pablo está interesado en poner todos los títulos que definen el misterio de Jesús), se concentra todo nuestro compromiso con Dios y todo el compromiso de Dios con nosotros. La comunión con Cristo es nuestra vocación original y esencial, el corazón de cada vocación particular, y es el punto de apoyo de la verificación de nuestra fe en Dios. Siempre pienso en una frase que me acompaña desde las clases de catecismo en la escuela secundaria: "El núcleo de la fe es la adhesión a Cristo". Esta frase me ha dado como la dirección correcta en un momento en que el racionalismo y la ideología, imperante en esos años, me invitaban a pensar que la verificación de la fe debía ser puramente intelectual, la verificación de verdades abstractas, una verificación abstracta de realidades abstractas, como si la verdad no fuera más que afirmaciones para poner en duda. Pero esa frase, me hacía sentir de acuerdo a mi corazón, y también a mi razón, una verificación existencial, verdaderamente interesante para mi vida y mi corazón, y que daba valor aquello que había recibido en la familia y la Iglesia, aquello que había visto y que me había fascinado: la verificación de la fe dentro de la relación con Jesús, la verificación de la fe como experiencia de una relación viva con un Dios presente, que era aquello que siempre me había fascinado en los santos y en las personas auténticas que había conocido y encontraba.

La llamada de Dios es su voluntad hacia nosotros, aquello que Él quiere de nosotros, personalmente. Comprender la voluntad de Dios como vocación significa comprender que también para Dios no hay nada abstracto, una voluntad abstracta, sino que para Él todo se da y se pide en una relación, diciendo "tú". Dios no se contenta con revelarse a sí mismo como "Yo soy el que soy" (Ex 3,14). Dios se apresura a inclinar su identidad en una relación: "Además, Dios dijo a Moisés: «-Di también a los israelitas: 'El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a vosotros'»" (Ex 3,15). Nuestro Dios es un Dios de comunión, que en el apogeo de la revelación de Sí se revelará como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por lo tanto, para verificar la fe en Él como Dios, Dios nos llama a la comunión con el Hijo, experimentando la familiaridad con el Hijo, a quien precisamente para esto ha enviado al mundo, y que justamente para esto ha muerto y resucitado. "Él ha muerto para nosotros, para que (...) vivamos junto a Él" (1 Tes 5,10).

Por eso, es importante que cuando se habla de la vocación, de la fe, de la obediencia a la voluntad de Dios, no perdamos nunca de vista el contexto en el que estas realidades tienen consistencia y pueden convertirse en una experiencia efectiva para nosotros y para los demás: la comunión con Jesucristo el Señor; de lo contrario, todo se vuelve locura, todo puede volverse absurdo, desequilibrado y finalmente falso. Hablar de vocación sin referirse a la comunión con Jesús es aberrante. Vivir en obediencia sin vivirlo en el contexto de la relación con Cristo es esclavitud, no es libertad en acto. Hablar de la fe, discutir sobre la fe, decir que se cree fuera o sólo al lado de la comunión con Jesucristo, es una herejía práctica, aunque tal vez las ideas y los conceptos sean todos dogmáticamente correctos.

Pero ¿a qué nos llama el Padre cuando nos llama a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor? La semana después de Pascua y de mi retiro en Cortona, visité nuestras monjas en Portugal, e hicimos juntos una breve peregrinación a Fátima, donde no había estado nunca. Me llamó especialmente la atención el testimonio de los pastorcillos que vieron a la Virgen, dos de los cuales, Francisco y Jacinta Marto, murieron niños y ya son santos. Quedé impresionado por la autoridad de su relación con Dios, la consciencia que tenían de su misión, la seriedad y la pasión con la que han aprendido de la Madre de Dios a orar y a ofrecerse a sí mismos por la conversión del mundo.

Ese mismo día celebré en la capilla de las apariciones en Fátima. En esa semana de Pascua, el evangelio fue el de la aparición del Cristo resucitado en la orilla del mar de Tiberíades: Juan 21,1-14.

Los discípulos habían pescado toda la noche, pero no cogieron nada. Desde el bote de Pedro, símbolo de la Iglesia, cuando Jesús se presenta misteriosamente en la orilla y pregunta si tienen algo para comer, algo para Él, los apóstoles respondieron en seco: "¡No!". Sorprende la sequedad de este "no". Normalmente, cuando un cliente aparece en la pescadería y pregunta si tiene ese pescado, si el pescadero no lo tiene, lo dice amablemente para no perder al cliente. Tal vez cuenta una excusa, una pequeña mentira, pero al menos el cliente se va con la sensación de que el pescadero lamenta no darle satisfacción. Es cierto que ante las muchas solicitudes que tengo que rechazar, también me gustaría poder escribir en los correos electrónicos un simple "¡No, saludos!", y no tener que perder el tiempo justificándome. Pero, de hecho, lo que está en juego no es tanto lo que se pregunta o acepta o lo que se rechaza, sino la relación con las personas, y para eso se debe sacrificar un poco de atención. Una vez decidí escribir un breve pero reflexivo mensaje de condolencias a una persona por la muerte de un pariente, y exactamente 2 minutos después recibí su respuesta: "Gracias", sin ni siquiera la firma. Me quedé helado.

Digo esto para hacer resaltar en la escena de la mañana en el lago de Tiberíades hasta qué punto los discípulos, debido a la fatiga, al descontento, la desconfianza, estaban encerrados para establecer una relación con Jesús, a pesar de no reconocerle todavía. Aquel hombre en la orilla era sólo una molestia, y no tenían ningún deseo de entrar en relación con Él, de familiarizar con Él, de bajar de la barca y permanecer allí por un momento para charlar un poco, del tiempo, de la escasez de peces... Estaban cerrados a cualquier familiaridad. Seguramente también entre ellos flotaba el mismo estado de ánimo, la misma sequedad. Sobre todo, porque los apóstoles mencionados, como Pedro, Tomás y Natanael, eran todos ellos de carácter bastante maleducado y desconfiado.

Aun así, Jesús se había dirigido a ellos con una rara ternura y familiaridad: "Muchachos, [incluso podría traducirse como "hijitos"] ¿tenéis pescado?" (Jn 21, 5). No podía ser más amable, gentil y afectuoso. Ellos, en cambio le lanzan un: "¡No!", como adolescentes agraviados.

Es importante recordar esta oferta de familiaridad rechazada, ya que pone de manifiesto las palabras de Jesús que siguen después: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis" (Jn 21,6)